



En una hora difícil para los Cursillos, un corazón abierto

El espíritu que se derrama en el mundo a través de un sacerdote fiel y entregado, es semilla de vida que encierra fecundidades insospechadas. Y cuando el sacerdote muere, se produce en el pueblo cristiano un vacío que trasciende el círculo familiar y afectivo, para convertirse en sentimiento eclesial. Muchos experimentan entonces la sensación de que aquel sacerdote era "algo suyo", con mayor intensidad de la que hubieran imaginado.

Estos pensamientos, que compartí recientemente con mis sacerdotes y con la feligresía de una parroquia rural, al despedir con dolor y esperanza a su anciano párroco que moría con la paz de los elegidos en el corazón y en los labios, ha vuelto a brotar en mí con inusitado vigor ante la muerte de Monseñor José María Escrivá de Balaguer.

¿Quién podrá medir la irradiación de este corazón sacerdotal, grande, intrépido y generoso, que bruscamente dejó de latir al recibir la primera llamada de su Padre y Señor? Acostumbrados a medir el dinamismo del Espíritu con los pobres instrumentos del cálculo humano, nos equivocamos constantemente. Tengo la seguridad de que, por encima de su obra tangible —sus palabras, sus escritos, sus actividades de fundador y maestro de nuevos caminos para el laicado católico—, la fecundidad de su corazón sacerdotal, abierto a todos los problemas de la Iglesia y a todas las inquietudes de los hombres, ha llegado a la intimidad de muchos corazones, y ha sacudido muchas conciencias. Porque él tenía el don de caer en lo hondo. Y seguirá haciéndolo.

A lo largo de mi vida, no han sido frecuentes los contactos con Monseñor Escrivá. Pero dejaron huella. Evocar alguno de estos momentos es poner al descubierto un girón de mi propia alma y de la suya.

Quiero recordar ahora una conversación que tuvimos, en fecha imprecisa, hacia 1957. Él residía en Roma y era ya padre de la gran familia del Opus Dei. Yo había "cometido",

unos años antes, la grave audacia de levantar una bandera de renovación: de espiritualidad y de apostolado laical: la de los Cursillos de Cristiandad. Y aquel afán mío y de mis colaboradores de devolver un dinamismo activo a los seglares, había desatado en torno a mi persona una dorosa tempestad.

En aquella noche oscura me encontré en Roma con Monseñor Escrivá. El diálogo con él era siempre fácil y cordial. Nos habíamos conocido mucho antes en Madrid, cuando estaban casi humeantes aún los rescoldos de absurdas quemadas de conventos, y se respiraban aires de furioso anticlericalismo. Entonces ambos éramos jóvenes sacerdotes, llenos de ilusión, en medio de un ambiente aparentemente, al menos, hostil. Él trabajaba entre jóvenes estudiantes, en un modesto piso con rótulo de "Academia". Allí le visitaba algunas veces. Y allí, en torno a un Sagarro, echaba sus brotes primerizos el Opus Dei. Por mi parte, consagraba yo mi recién estrenado sacerdocio a la naciente Acción Católica. Y una corriente sincera de amistad humana y sacerdotal nos unía.

En el encuentro a que me refiero ahora, los tiempos habían cambiado y nuestras responsabilidades eran mucho mayores. Pero el diálogo jovial y lleno de cariño brotó como antaño, y, como siempre, derivó fácilmente a la intimidad de nuestro sacerdocio.

No tuve que contarle detalles de las penas que me afligían. No lo necesitaba Monseñor Escrivá. Él penetraba los corazones por el camino de la intuición, aunque ciertamente sabía escuchar cuando era necesario. Pero pronto llegaba al fondo. No problematizaba ni discutía. Veía rápidamente los problemas, y no admitía perder tiempo en estériles lamentaciones. Todo el tiempo era necesario para trabajar lealmente, asumiendo la responsabilidad personal y con la mirada puesta en Dios. Monseñor Escrivá proyectaba la reciedumbre de su fe, como los viejos profetas, sobre los acontecimientos humanos, y remontaba serenamente el vuelo a las regiones serenas de la paz interior.

Recuerdo que sus palabras, breves y certeras, me reconfortaron mucho en una hora ciertamente difícil para los Cursillos de Cristiandad. Y recuerdo también la insistencia con que recalcaba, dándome la sensación de que volcaba en mí su propia alma: amor a los que no nos comprenden, oración por los que juzgan sin querer enterarse, atención a la voz de la Iglesia y no a los rumores de la calle, corazón limpio de amarguras y resentimientos.

De este modo providencial e imprevisto aquel hombre de Dios, como no dudo en llamarlo, influyó para aientar una empresa que no era su empresa, y volcó caridad y comprensión sobre un método de espiritualidad y apostolado laical que iba por caminos distintos de los suyos. Sólo Dios sabe en qué medida pudo contribuir a despejar los caminos de la Providencia.

Algún otro hombre providencial encontré en las horas oscuras de los Cursillos de Cristiandad. Pero hoy es grato para mí rendir este modesto tributo de gratitud y admiración al buen espíritu de un gran sacerdote, tan conocido y admirado por otros muchos conceptos.

JUAN HERVAS

Obispo de Ciudad Real, Consiliario Nacional